

Restos de decoración en los «Cuartos de Granada». Detalle del vano de los tres arcos.

HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS EN LA ALCAZABA DE MÁLAGA

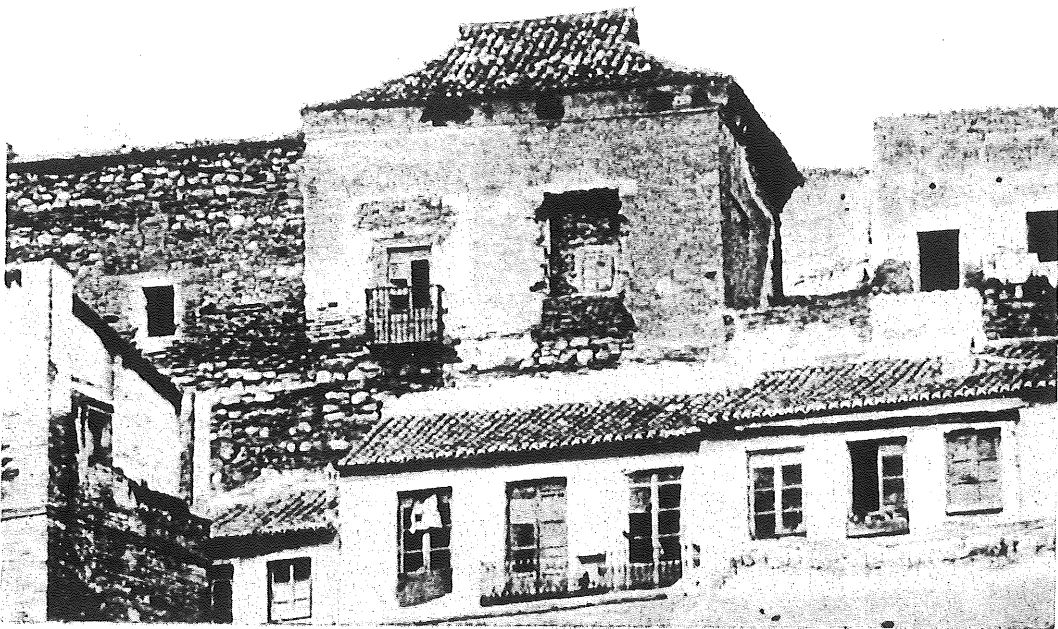
POR

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

A Juan Temboury.

DESDE tiempos remotos suena el nombre de Málaga en la Historia patria, favorecido su solar por una situación comercial y defensiva privilegiada, en una ensenada del Mediterráneo, cerca del estrecho de Gibraltar, con vegas de gran fertilidad en sus cercanías y edificada al pie de unos cerros al borde del mar, desde los cuales era fácil su protección en caso de ataque. De las huellas de su colonización fenicia conocemos poco más que algunas modestas sepulturas. De la Málaga romana, escasamente mencionada entre las poblaciones de la época imperial

en la Península, cuyos vestigios aparecen a considerable profundidad bajo el suelo actual, se conservan, pregonando su importancia mejor que los recuerdos escritos, varias estatuas de mármol, tres grandes columnas estriadas, en uno de los ingresos de la Alcazaba, y la clave esculpida de un arco monumental, que figura desde hace pocos años en el Museo Provincial. Bajo bizantinos y visigodos apenas suena tampoco el nombre de Málaga, sumergida en uno de los períodos más mudos de la historia española. Pero lo más extraño es que de la Málaga musulmana, mucho más próxima, cuyo esplendor durante siglos repetidamente ponderan escritores y



La torre denominada la Mezquita y los inmediatos «Cuarteles de Granada» desde el exterior de la fortaleza. Las casas cuyos balcones aparecen en la parte inferior de la fotografía están adosadas a la muralla, ocultándola.

viajeros árabes, hayan llegado a nuestros días tan escasos restos: unos trozos de decoración de yeso, conservados en el Museo, que se dice proceden del convento de Santa Clara, derribado en 1868; una gran puerta del siglo xiv, que antes fué de las Atarazanas y que hoy, lamentablemente reconstruida y profanada, da paso a un mercado, y las ruinas imponentes de las torres y murallas de la Alcazaba y Gibralfaro, desfiguradas y medio ocultas las de la primera por reconstrucciones, añadidos modernos y miserables casuchas, tras de las cuales no es fácil percibir su interés arqueológico ni su crecido valor pintoresco.

De vez en cuando el azar, propicio siempre a la arqueología, proporciona algunos otros descubrimientos, como el de unos restos de construcciones imperiales en la vertiente meridional del cerro de la Alcazaba, que baja al mar, o el de un cementerio musulmán en las estribaciones de Gibralfaro.

Más que tantos combates, el transcurso del tiempo y el abandono ha contribuido a que apenas se conserven restos monumentales musulmanes, la prosperidad de una ciudad comercial, aficionada a las novedades y en contacto con gentes de todos los países, que renueva periódicamente sus edificios.

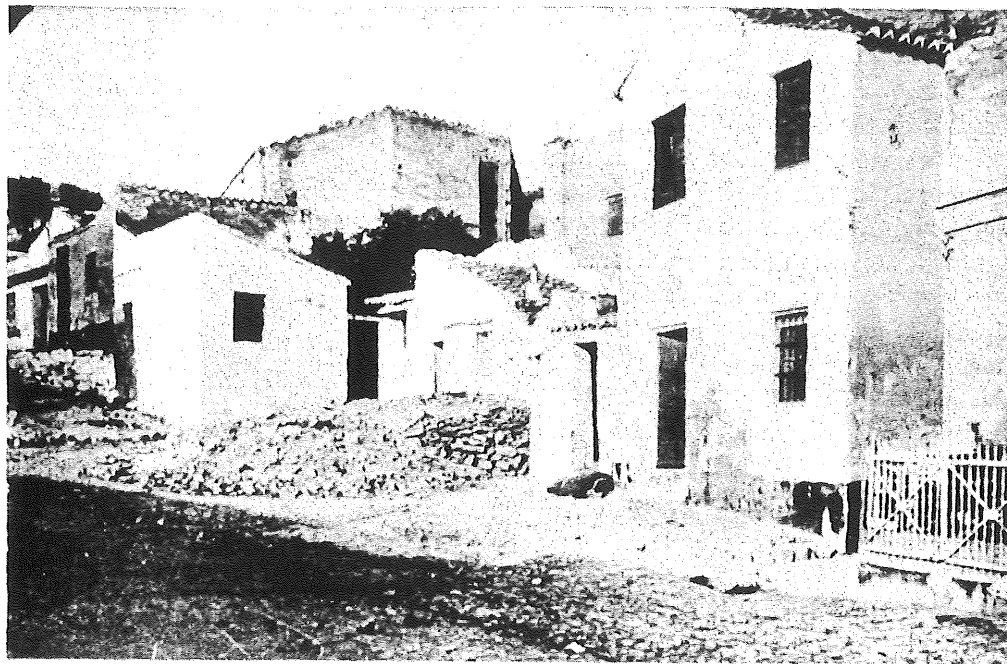
De los dos cerros que dominan la ensenada y el

caserío malagueño, el más bajo y cercano a la ciudad ostenta los restos de la Alcazaba musulmana. El otro, de áspera subida, conserva en su cima el castillo de Gibralfaro. Ambas fortalezas quedaban unidas por un recinto, entre dos murallas que aún permanecen.

«La Alcazaba —escribía Ibn al-Jatib (1313-1374)— se asienta en el monte como en un trono, y Dios la ha colocado en un lugar excelso: Sus muros y sus recintos son dobles; su almenara se alza sobre la cima del bendito monte; sus torres están próximas unas de otras; sus escaleras son altas, y sus puertas bien defendidas»¹.

Fué propiedad militar hasta el año 1843, en el que, a petición del Municipio, se dispuso que, para aumentar el caserío urbano en beneficio del vecindario, se procediese a la enajenación, en pública subasta, de los terrenos que ocupaban los edificios construídos sin la competente autorización, y de aquellos en que estaban «el Palacio, cocheras y cualesquiera otros pertenecientes a aquella fortaleza, para edificar en ellos a gusto del comprador»; para habitación del gobernador militar y oficiales reserváronse las construcciones situadas a la entrada, con la llamada plaza de Armas. En el resto del

¹ García Gómez: «El parangón entre Málaga y Salé», de Ibn al-Jatib (*Al-Andalus*, vol. II, 1934, pág. 186).



Las humildes viviendas de los «Cuartos de Granada», en cuyos muros estaban ocultas las decoraciones de yeso.

vasto solar de la fortaleza debió irse estableciendo, en sus torres, en viviendas adosadas a muros o construídas sobre las ruinas, un barrio muy poblado. «Las casas recién levantadas sobre sus ruinas—dice Pi y Margall, quien visitó la Alcazaba hacia 1850—están todas enlucidas, rodeadas unas de árboles, ceñidas otras de flores, y ofrecen con ellas un contraste que halaga la imaginación, seduce los sentidos y sumerge el alma en la melancolía»¹.

«La Alcazaba—escribía Guillén Robles unos treinta años después, poco antes de 1880—va perdiendo por completo su carácter y transformándose en un pintoresco barrio, que oculta en parte tras de sus casas los viejos y carcomidos murallones, o transforma en viviendas las torres que la defendían»². Aún en alguna vieja fotografía vemos esas viviendas, limpias, cuidadas, bien distintas de las actuales.

En los últimos años Málaga fué mejorando considerablemente de urbanización y de construcciones: casas ostentosas, rodeadas de jardines bien atendidos, en calles y paseos de excelente pavimentación, se extienden al pie del cerro de la Alcazaba, pero, en cambio, el barrio de su interior, com-

pletamente abandonado, sin agua, sin urbanización alguna, amontonando año tras año capas de inmundicia y detritus de una población miserable, convertida en vertedero la falda del cerro, llegó a nuestros días en vergonzoso estado. Las familias modestas que allí habitaban hace medio siglo, bajaron a la ciudad urbanizada y fueron sustituidas por gentes de escasísimos recursos y menores necesidades. Las viviendas siguieron, naturalmente, la decadencia de sus ocupantes; las pocas que se conservan de hace cincuenta años, modestas, pero limpias y cuidadas entonces, están hoy sucias y ruinosas; la mayoría de las edificadas después son verdaderas chozas, construídas a capricho, con ladrillos cogidos del suelo o desprendidos de los muros y completadas con tablas y latas. Viven en ellas las gentes, prodigiosamente amontonadas unas sobre otras, en reducidísimo espacio. A pocos pasos de la población moderna, progresiva y bien urbanizada, al lado de los barrios de gentes acomodadas, permanece, pues, el miserable de la Alcazaba, dominando a los demás y ocupando el mejor emplazamiento del solar malagueño, con una vista espléndida sobre la ciudad, la ensenada y los montes cercanos. Por fuera, desde el mar o desde la población, la Alcazaba aparece como un conjunto caótico y pintoresco de viviendas pobres, murallas y torreones desmochados, medio

¹ *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Granada.* Barcelona, 1885, página 432.

² *Málaga musulmana.* Málaga, 1880, página 506.

ocultos por aquéllas. El raro turista que la visitaba hasta hace pocos meses, no veía más que alguna puerta en recodo o alguna torre ruinosa, y si, pareciéndole escasos restos para tanta historia, solicitaba con empeño algún otro vestigio monumental, le llevaban al final de un callejón del último recinto, donde vivía frugalmente una viejecita vendedora de estropajos, en una casa acondicionada en una torre con armadura morisca de lazo, con almizate y cuadrales, como de mediados del siglo xvi, que llamaban, sin fundamento alguno para ello, la «Mezquita».

Abundan los testimonios escritos de la brillante historia de Málaga bajo la dominación musulmana, pero faltaban casi por completo los indicios más precisos y evocadores de las piedras. Diríase que la Historia había pasado por el solar malagueño sin dejar apenas rastro material. Algunas gentes entusiastas y de fértil imaginación pensaron, sin embargo, que, tras los enlucidos de las pobres viviendas, en los gruesos muros de la parte militar o en el subsuelo, bajo capas seculares de escombros, pudieran tal vez existir restos decorativos de importancia, y que, aún sin ellos, el recinto de la Alcazaba, limpio de añadidos modernos y construcciones parásitas, alcanzaría un gran valor monumental y pintoresco ¹.

Don Ricardo de Orueta, entonces Director general de Bellas Artes, patrocinó fervorosamente tales ideas, y en el verano de 1933 nos envió a Málaga para redactar un plan de trabajo, conforme al cual poco después, y con recursos no muy abundantes, fueron iniciadas las obras por dos lugares diferentes: la entrada de la fortaleza (parte puramente militar del recinto exterior) y el lugar del último recinto, conocido tradicionalmente por el nombre de «Cuartos de Granada», donde estaba la llamada «Mezquita».

Del resultado de la exploración en el ingreso de la fortaleza es prematuro hablar, pues estando aún ocupado por pabellones militares no se ha podido hacer más que iniciarla. También fué excavada una parte de la Plaza de Armas, en cuyo subsuelo apareció un aljibe de ladrillo con bóveda de cañón agudo. En el llamado «Arco del Túnel» quedó al descubierto el aparejo de varios arcos de dovelas alternadas de piedra y ladrillo, obra, probablemente, del siglo xi. Cinco puertas, tres de ellas en reco-

do, había que pasar para alcanzar el último recinto; tal vez no exista ninguna fortaleza musulmana en España de la importancia militar de esta de Málaga. Habría que acudir a los castillos de los Cruzados, en Siria, para encontrar otra parecida.

Las obras de exploración en el último recinto, donde estuvieron los «Cuartos de Granada», comenzaron por la torre de la «Mezquita», pues si bien la armadura morisca que la cubre es una de tantas, sin interés extraordinario, era esa torre el único local que, por su amplitud, relativa monumentalidad y situación sobre el puerto, se prestaba a que, una vez reparado, fuese convertido en un lugar grato donde poder reunir algunos recuerdos gráficos de la Alcazaba y los objetos encontrados en los derribos y excavaciones emprendidas. Además, en el muro posterior de la torre se veía, en alto, un resto de sillería de despiezo califal, es decir, con sillares alternados a soga y tizón, y, muy cerca, el fragmento de un pequeño arco de herradura, de sillares carcomidos como aquél. Poco era todo ello, pero no aparecía cosa de más importancia, ni mayores promesas, ni más resto decorativo visible, entre las casas, ruinosas y miserables, y los montones de escombros.

Hubo que comprar la vivienda de la supuesta «Mezquita», y luego, poco a poco, ir adquiriendo las inmediatas, hasta conseguir la propiedad de casi toda la manzana ¹. Y al empezar a desmontar cubiertas y escaleras, a derribar tabiques y levantar emparchados y enlucidos, fueron apareciendo en las casuchas situadas detrás de la torre restos de decoraciones de yeso *in situ*, fragmentos de maderas talladas, arcos de herradura y algún capitel de alabastro. Estábamos en presencia de los vestigios de los «Cuartos de Granada».

En el siglo xvii, cuando aún debían conservarse en mediano estado, D. Juan de Ovando Santaren, al describir la Alcazaba, los ponderaba en unas lamentables octavas:

Y en el último cerco se eslabona
De Granada el palacio, hermosa pieza.
Ser sus salas reales bien blasona,
Por su labor Mosaica y su Corintia
Pudiera al templo suspender de Cintia ².

Un siglo más tarde, el inglés Carter habla de ves-

¹ Entre los que presintieron los hallazgos y más entusiasmo mostraron porque se iniciaran las obras, ha de citarse a D. Francisco J. Sánchez-Cantón, D. Antonio Palacios, D. Juan Temboury y D. José González Edo, arquitecto este último que ha dirigido cotidiana y desinteresadamente las obras.

² Las gestiones para la adquisición de estas viviendas fueron llevadas a cabo por los Sres. D. Juan Temboury y D. José González Edo.

² Ovando Santaren: *Descripción panegírica de Málaga en octavas*, en su libro *Ocios de Castalia*, Málaga, 1663. Citado por Guillén Robles.

tigios de un salón con adornos de yesería, columnas de mármol y arcos árabes que existían en este lugar ¹.

Hacia la misma época, García de la Leña —es decir, Medina Conde— afirma que estos «Cuartos» fueron reedificados en 1681, como los demás de la Alcazaba, según un letrado que estaba en uno de los muros de su ingreso. «Estos ya no son Cuartos —escribe— si no es uno, pues los demás es regular se hayan caído y da lástima verlos» reducidos a «ruinas y casillas». En la cubierta o artesonado de un techo de madera labrada vió el yugo y las flechas de los Reyes Católicos (tal vez fuera en el desaparecido friso de la sala llamada hoy «Mezquita»). Medina Conde creía que la mezquita de esos Cuartos «estuvo en una casilla medio destruída», en cuyos techos se veía «el adorno que ha quedado de varios letreros árabes, y maderas hermosamente labradas a lo morisco», en la cual se consagró una iglesia dedicada a San Gabriel después de la Reconquista, asegurándole persona muy antigua haber visto en ella la pila de agua bendita; templo que se destruyó o cayó a principios del siglo XVIII ². Probablemente tales restos de la supuesta mezquita son los ahora encontrados; al quedar ocultos más tarde, pasaría su nombre a la torre inmediata.

Para las gentes modestas que en la primera mitad del siglo XIX adquirieron, o se quedaron, con locales ruinosos, hasta entonces en posesión de los militares, fué más rápido y económico tapar labores y tabicar arcos y columnas —aprovechando todo lo más posible los muros existentes—, que arrasarlos y volver a construir en su solar. No poco debió de desaparecer, sin embargo, al abrir huecos nuevos, instalar hornillos y chimeneas por todas partes, y construir escalerillas que diesen subida a las habitaciones altas. Una vez más se comprueba en Málaga que los palacios y viviendas de los poderosos, en el transcurso de los siglos, acaban sirviendo de albergue a gentes harapientas.

Al cabo de un siglo de estar ocultos, los restos del palacio malagueño salen hoy nuevamente a luz.

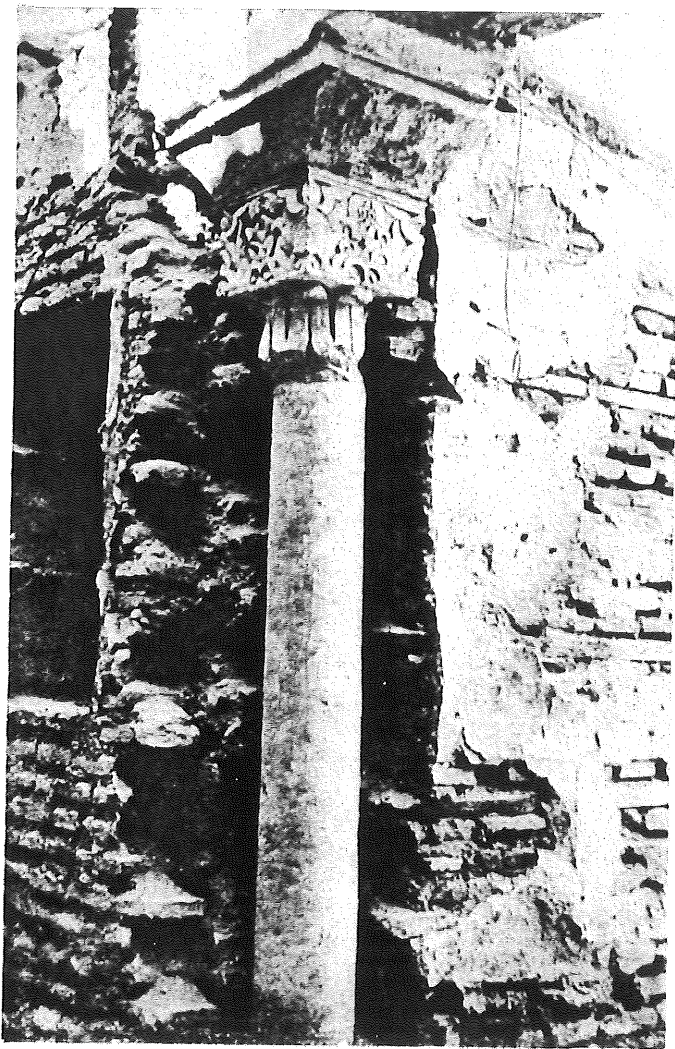
¹ *A journey from Gibraltar to Málaga*, volume the second. London, 1777. Pp. 318-319.

² *Conversaciones históricas malagueñas*, que publica mensualmente D. Cecilio García de la Leña. Descanso II. En Málaga, año 1790, páginas 169 a 190.



Casas en los «Cuartos de Granada». A la derecha, la puerta de entrada a la llamada Mezquita; a la izquierda, ventana y balcón de la vivienda construída en la sala árabe, dividida en dos pisos.

Lo hasta ahora descubierto es, principalmente, una sala rectangular, con un pórtico al Norte, que parece haber sido testero de un patio; en uno de los extremos de aquél hay una pequeña estancia cuadrada, de su mismo ancho, que conserva en tres de sus lados restos de arcos de lóbulos y entrecruzados de yeso, sobre una columna central; el otro lado lo cierra un muro moderno. La sala, de 7,50 por 3,60 metros, comunica con el pórtico por medio de un vano formado por tres pequeños arcos de herradura sobre dos columnas exentas y otras dos adosadas; todas son cilíndricas y de madera, revestidas de gruesa capa de yeso, material en que se dió forma a los capiteles, lisos y con chaflán en sus



Columna en el pórtico de los «Cuartos de Granada».

esquinas. En los arcos parecen alternar las dovelas de ladrillo con las de piedra, estando recubiertas de una rica decoración de yeso, tanto en ambas caras como en su intradós, fingiendo dovelas, alternativamente rehundidas y salientes, decoradas estas últimas con atauriques, lo mismo que varias arquivoltas y la faja de alfiz que encuadra los arcos. Los cimacios —grandes y con perfil de nacela, de escasa curvatura— fueron labrados en una caliza marmórea, que llaman en Málaga *jaspón*. Los muros son de sillería en su parte inferior y en las esquinas; en el resto, de tierra con poca cal. Del que cerraba la sala a poniente no se conserva más que la cimentación; el frontero de levante estaba casi totalmente rehecho, pero quedaban algunos fragmentos de decoración de yeso, con los que tal vez pue-

da reconstruirse la traza del arco lobulado que en él debió abrirse. Finalmente, en el muro que cierra la habitación a Norte, quedan vestigios de un gran arco de yeso, festoneado; una pequeña puerta adintelada ábrese también en él, y otra semejante en el de enfrente. Tuvo la sala friso de yeso decorado, y sobre él otro de madera, al que debió de pertenecer algún trozo de tabla tallada, que se aprovechó en las armaduras modernas de las viviendas, junto con otros fragmentos de vigas (labradas en uno solo de sus frentes) y de tablazón con una inscripción cúfica repetida. Sobre los tres arcos y bajo el friso se reconocen vestigios de decoración pintada en el revestido de yeso, de colores rojo y azul.

El pórtico tuvo tres arcos, mayor el central que los laterales; éstos eran de herradura. Del primero, de yeso, no quedan más que los arranques. Descansaban sobre dos columnas, con capitel de yeso y fuste de mármol la única que se conserva. En los extremos arrancan sobre medias pilastras, con la interposición de los correspondientes cimacios.

En la pequeña estancia a poniente del pórtico tan sólo quedan restos de tres lados, según queda dicho; éstos tuvieron columna central (como las del hueco de tres vanos, pero más reducidas), que sustentaban unos arcos entrecruzados de lóbulos, al parecer calados. Como materiales sueltos, aprovechados en las reconstrucciones modernas, aparecieron, a más de los fragmentos de madera tallada de que se hizo mención, un capitel pequeño de alabastro, un fragmento de decoración de yeso de un arco, parecido al conservado en el Museo

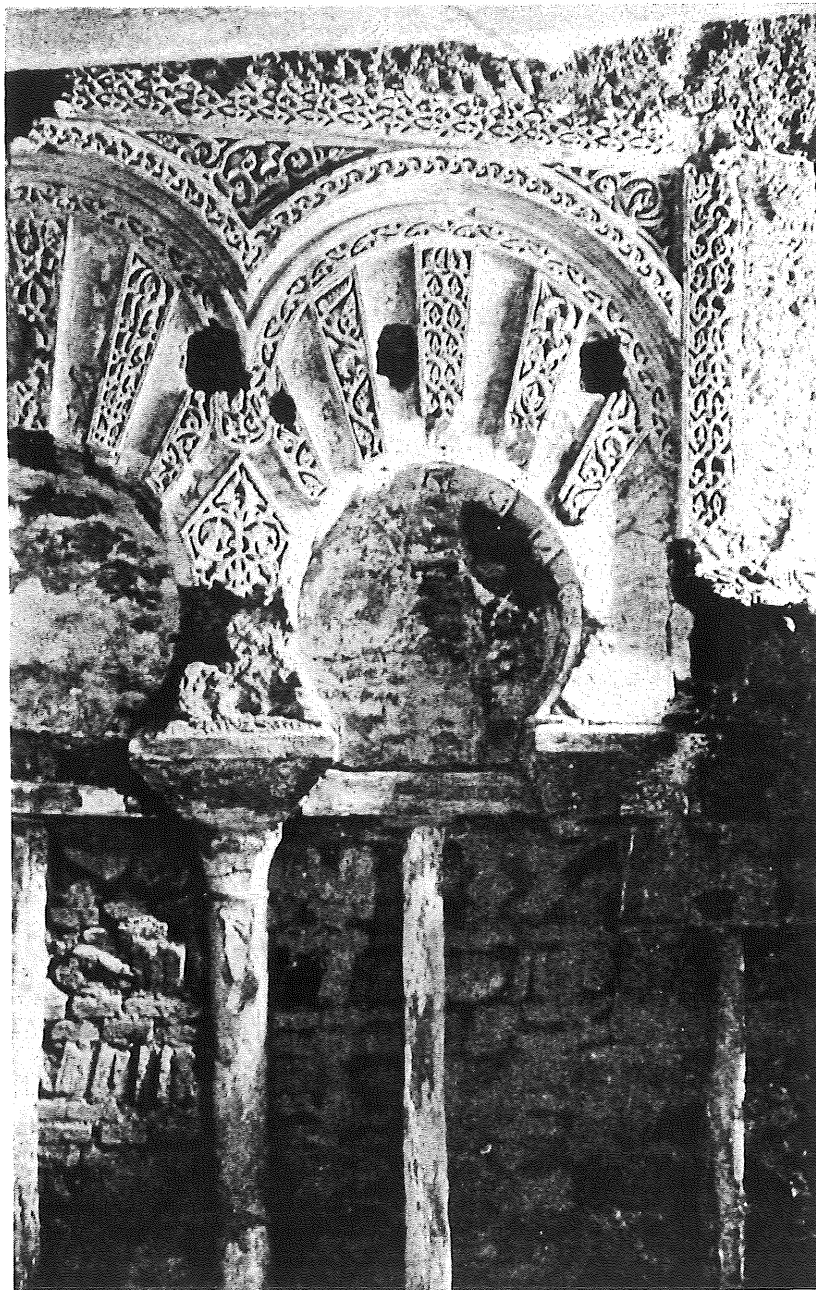
Provincial como procedente de Santa Clara, y dos quicaleras de *jaspón* semejantes a otras de los museos arqueológicos de Madrid y Córdoba.

Es prematuro hacer un estudio detenido de estos restos, pues han de completarse con nuevos hallazgos que aporten más datos para su clasificación. Las decoraciones de yeso, los fragmentos de madera tallada, las quicaleras, y tal vez el capitel de alabastro, pertenecen al siglo XI, a época y arte que en Andalucía no conocíamos hasta ahora más que por pequeños fragmentos de varios museos. Para estudiarle más cumplidamente había que acudir al devastado palacio de la Aljafería, de Zaragoza, levantado bajo el rey Almoctadir (1049 a 1081), el monarca más ilustre de la dinastía de los Benihud. La decoración vegetal de los adornos malagueños

—compuesta de tallos hendidos y palmas retalladas en foliolos— se parece bastante a la de Zaragoza, pero es de un arte más sencillo y puro, más clásico y menos recargado y menudo, próximo al de los últimos tiempos del califato cordobés. Hay en los atauriques de Málaga—donde largas palmas y tallos se curvan con una elegancia insuperable, para cubrir el campo a decorar—un sentido más claro de la composición que en los de la Aljafería, y han de ser, por tanto, anteriores a éstos.

El triple vano, con arcos de herradura sobre columnas, aparece en el gran salón de Medina Azahra en el siglo x, y persiste hasta el xiv en el de Embajadores y en la Sala de Reyes Moros del Alcázar de Sevilla. Tradición cordobesa es el alternar en los arcos dovelas de piedra y ladrillo, así como el entrecruzamiento de arcos de lóbulos, que no son en Málaga más que la extrema simplificación de los que preceden al *mihrab* de la Mezquita de Córdoba. El emplear madera revestida de yeso para columnas y capiteles revela la falta de artistas capaces de labrar la piedra y la precipitación con la que se construían estos palacios efimeros de monarcas fantasmas, cuyo reinado duraba con frecuencia no más de dos o tres años.

¿Se levantó el palacio de la Alcazaba bajo la dinastía de los *hamudies* (1025 a 1057), descendientes de Idris, el fundador de Fez, quienes a la caída del califato cordobés y abandonando sus ambiciosas pretensiones a la dominación de toda España, formaron un pequeño Reino de Taifas, cuya capital fué Málaga, conservando a la par el dominio de Ceuta, de donde procedían? ¿Recogieron estos débiles soberanos, que se dejaban dominar por sus ministros y se exterminaban unos a otros por el hierro o el veneno, el último resplandor artístico del Califato de Córdoba derrumbado? ¿O lo construyó su vasallo nominal y sucesor en el señorío de



Restos de decoración de los «Cuartos de Granada». Vano de tres arcos.

Málaga, a partir de 1057, el reyezuelo bereber Badis († 1073), edificador de un famoso alcázar en Granada, cuyos restos hemos buscado inútilmente en el subsuelo del palacio de Daralhorra? Los fragmentos artísticos aparecidos hasta ahora no resuelven de modo definitivo este problema; las crónicas y referencias históricas tampoco contribuyen a aclararlo.

En la *qasba* de Málaga, es decir, en la Alcazaba, fundó una mezquita el tradicionalista*

*En Al-Andalus, escribe tradicionalista.



Arcos entrecruzados de yeso en los «Cuartos de Granada».

Mu āwiya b. Salih de Emesa († 158 hégira)¹. Una crónica fragmentaria de los *Muluk at-Tawaif* dice que Hasan al-Mustansir, hermano y sucesor de Idris I, que reinó de 1040 a 1042, fortificó Málaga².

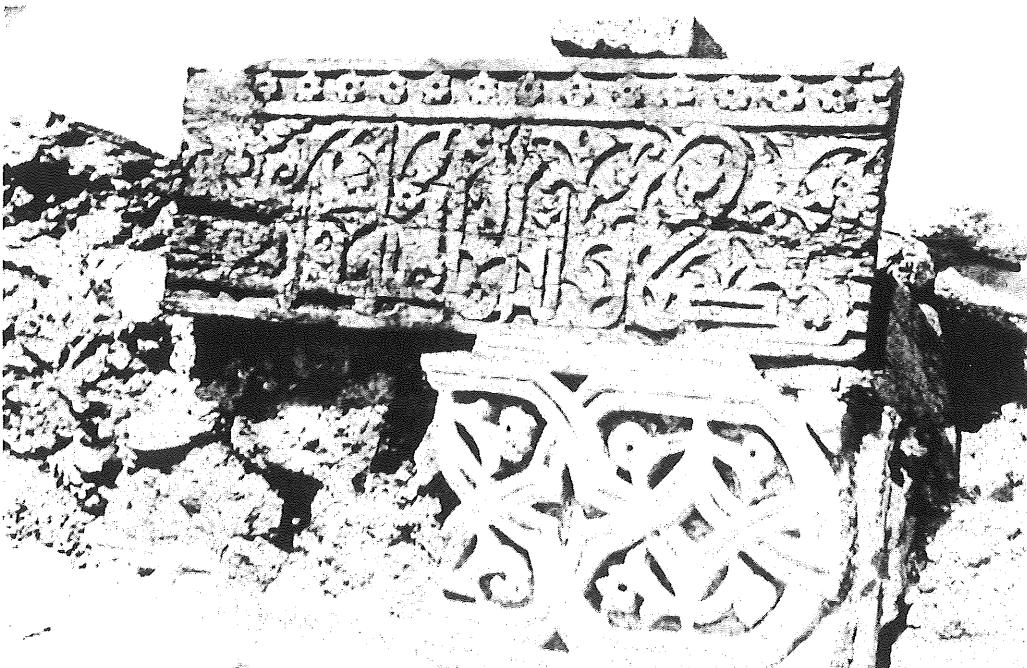
¹ *Encyclopédie de l'Islam*, artículo «Málaga», pág. 200.

² R. Dozy: *Histoire des Musulmans d'Espagne*, nouvelle édition, tome III, Leyde, 1932, pág. 216.

Almacari afirma que fué Badis quien hubo de terminar sus fortificaciones por los años 449 a 456 (1057 al 1063)¹.

El parentesco indudable del arte de la Alcazaba con el cordobés, del cual es como una consecuen-

¹ *Analectes*, tomo I, página 121, línea 5 y siguientes; citado por Guillén Robles.



Fragmento de friso en los «Cuartos de Granada».

cia, y las pretensiones de los *hamudies*, que se decían descendientes del Profeta, a ser proclamados califas en la antigua capital, nos inclinan a pensar que ellos fueron quienes, probablemente trayendo artistas de Córdoba, levantaron el suntuoso alcázar; la corte malagueña tuvo entonces su pléyade de sabios y poetas, sobre todo bajo el reinado de Idris II (1042-1046 y 1053-1054), poeta y erudito el mismo.

Después de Badis dominaron en Málaga Almoravides y Almohades; más tarde formó parte del reino nazarí de Granada, fundado por Mohamed Ibn al-Ahmar en 629 = 1232. El palacio de la Alcazaba seguiría habitado por reyes y gobernadores, y es indudable que en el transcurso de cuatro siglos debieron de hacerse en él no pocos cambios y reparaciones, ya que los alcázares musulmanes, siempre frágiles, no se hicieron para perdurar. A una etapa de obras posterior al siglo XI pertenecen los arcos festoneados y el capitel de yeso del pórtico; aquéllos no pueden ser anteriores al desarrollo del arte almohade, y es más verosímil pensar que se labrarían a fines del siglo XIII o comienzos del siguiente, en época *nazarí*, cuando el citado capitel.

Las obras de reparación iniciadas (simultáneamente con las de exploración en la parte aún no registrada del grupo de viviendas, entre el callejón de Granada y la calle de los «Cuartos», de igual nombre) permitirán gozar plenamente, dentro de pocos meses, de estas decoraciones elegantísimas y de extraordinario valor arqueológico. Los arcos descubiertos, situados en diferentes planos, con vivos contrastes de luz y sombra, tendrán como fondo incomparable la costa malagueña y el mar. Entre estos restos y la Torre del Homenaje siguen las viviendas ruinosas, pero en este lugar, en que existen cinco pequeñas torres, no debe de quedar construcción alguna antigua, pues en un plano de la Alcazaba, de 1773, que publicó Guillén Robles, figura yermo y sin edificar¹. Los

¹ En esta parte del recinto superior, «campo», dice Medina Conde, había un aljibe, según este autor, de siete varas de largo, cinco y tercia de ancho y nueve de profundidad, cuya bóveda estaba reforzada con cuatro arcos gruesos, con su escalera para bajar al fondo (García de la Leña, *obra citada*, pág. 177). En el plano de 1773 figura la indicación de este aljibe como cegado. Medina Conde dice que constaba (¿en el siglo XVI?) haber existi-



Restos de decoración en los «Cuartos de Granada». Intradós de un arco.

«Cuartos de Granada» se extendían hacia Norte y Oeste, hasta la puerta o arco de Granada, de entrada al último recinto, destruida después de 1839. A rescatar y urbanizar esta parte, en la que aún pueden encontrarse más huellas del palacio del siglo XI, ha de tender el esfuerzo próximo. Al mismo tiempo, de lograrse la cesión total de los pabellones ocupados actualmente por los militares en el ingreso de la fortaleza, se derribarán todas las

do en aquel lugar «un hermoso y espacioso jardín con sus corredores, noria alta para regarlo y la capilla referida junto a los Aposentos, y Salas de Granada: y que del jardín se salía a unos baños» (pág. 187). El agua para los cuartos de Granada la proporcionaría el llamado pozo Airón, tal vez subida por una noria; al pie de la Torre del Homenaje consérvanse restos de un aljibe abovedado, más alto que los «Cuartos de Granada», desde el cual pudo llegar a éstos.

construcciones levantadas a partir del siglo xvi que lo disfrazan, reparando las musulmanas hoy ocultas.

Va a intentarse remontar el curso de los siglos borrando la labor de los últimos quinientos años; el resultado será convertir una parte de la ciudad, hoy inmunda y miserable, en un conjunto de muros y torres de extraordinario valor artístico y pintoresco. En su interior urbanizado quedarán los restos de decoración (con sus atauriques, en los que tallos

y palmas se retuercen con refinada elegancia) de un palacio musulmán del siglo xi, siglo que fué «para el arte, como para la literatura, el máximo de la España musulmana, la época en que, sin olvidar ninguna de las lecciones llegadas de Oriente, los musulmanes españoles supieron traducir, con rara facilidad expresiva, el espíritu de su raza»¹.

¹ *L'art Hispano-Mauresque des origines au XIII^e siècle*, par Henri Terrasse, Paris, MCMXXXII, pág. 210.



*Capitel encontrado en los
«Cuartos de Granada».*